

NICARAGUA EN CRISIS

**Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori,
Carmen Elena Villacorta (Compiladores)**



**Serie
Académica**

NICARAGUA EN CRISIS

Aleksander Aguilar Antunes, Esteban De Gori,
Carmen Elena Villacorta (Compiladores)

Serie Académica

Nicaragua en crisis / Esteban De Gori ... [et al.] ; compilado por Esteban De Gori ; Carmen Elena Villacorta ; Aleksander Aguilar Antunes ; fotografías de Bernard Gordillo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sans Soleil Ediciones Argentina, 2018. Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3923-16-6

1. Ciencia Política. 2. Sociología. 3. América Latina. I. De Gori, Esteban II. De Gori, Esteban, comp. III. Villacorta, Carmen Elena, comp. IV. Aguilar Antunes, Aleksander, comp. V. Gordillo, Bernard, fot.
CDD 320

Obra editada bajo licencia Creative Commons 3.0:
Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada
{by-nc-nd}

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Siempre que se utilice esta obra tendrá que reconocerse su autoría.

-© 2018, de los autores

-© 2018, de la edición, Sans Soleil Ediciones Argentina

Imagen de cubierta: ©Bernard Gordillo.

Diseño y maquetación: Sans Soleil Ediciones

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ÍNDICE

SANDINO(S) (INTRODUCCIÓN)

Nicaragua en 2018. Notas sobre un libro incómodo (Carmen Elena Villacorta).....	8
---	---

I. A LA SOMBRA DE SANDINO (EL AMPARO)

El Sandinismo frente al fallido golpe de estado y sus correlatos (Carlos Midence)	28
---	----

Tópicos, manipulaciones e impunidad en el discurso justificador del fallido golpe de estado del 18 abril en Nicaragua (Miguel Ayerdis)	53
--	----

II. Sandino en la sombra (el ofuscamiento)

Abril 18. Los meses que conmocionaron a un liderazgo (Esteban De Gori)	73
--	----

Sandinismo sin Ortega u Ortegguismo sin Sandino: La encrucijada actual del FSLN (Humberto Meza).....	89
--	----

“Que se rinda tu madre”. Los nuevos/viejos símbolos y tácticas de la movilización social en Nicaragua (Verónica Rueda-Estrada).....	96
---	----

Patria libre y vivir (Maria Mercedes Salgado)	127
--	-----

Protesta social en Nicaragua: ¿derecho o delito? (Darvin Antonio Sánchez Benites)	133
---	-----

III. Sombra y Sandino (la problematización)

Del Canal al Espejo: ¿quién es el pueblo en Nicaragua? (Aleksander Aguilar Antunes)	143
La razón de la represión (Abelardo Baldizon)	161
Nicaragua: comunicación y redes en la crisis (Iván Castro Iraheta)	169
Algunos elementos para comprender mejor lo que ocurre en Nicaragua (Guillermo Fernández Ampí)	189
La política exterior de Daniel Ortega. Las relaciones internacionales de Nicaragua desde 2006 (Tomás González Bergez)	205
Coyuntura crítica en Nicaragua: orígenes estructurales y posibles giros de cambio (Hloreley Osorio Mercado, Arnin Cortez y Mario Sánchez)	211
Nicaragua: una guía para comprender una crisis desde sus rasgos estructurales y geopolíticos (Guillermo Pérez Molina)	254
Una crisis insospechada y la convulsión de un orden. Entrevista a <i>Salvador Martí i Puig</i> (Esteban De Gori)	260

IV. Sombra(s) (la denuncia)

Dispositivos del silencio: control social y represión en Nicaragua (Elvira Cuadra)	265
Nicaragua: de la revolución al feminicidio de Estado (Bárbara Ester y Guillermo González)	278
La criminalización de la protesta social en el gobierno de Ortega- Murillo (Equipo IEPP)	284
Nicaragua ante un cambio social inminente. Una lectura desde la Costa Caribe (Dolene Miller Bacon)	296

ABRIL 18. LOS MESES QUE CONMOCIONARON A UN LIDERAZGO

*Esteban De Gori*¹

ABRIL 18

Abril de 2018 no es ni será cualquier mes en Nicaragua. Se inicia una significativa y plural protesta social en torno a una de las medidas políticas que presenta el gobierno de Daniel Ortega. Una “primavera” opositora salió a las calles. Pese a que su gobierno había sido cuestionado –ante otras medidas- por diversas protestas sociales, la desatada desde abril no solo es mayor, sino que reúne a diversos actores que con distintos posicionamientos ideológicos han construido una impugnación común al gobierno y liderazgo de Daniel Ortega. Algo de la adhesión y de la estabilidad política se rompió. Este presidente se había reelegido en 2016 con el 72% de los votos y seguía manteniendo –como en su gobierno anterior- la mayoría en la Asamblea Nacional. En menos de dos años todo cambió. A veces las continuidades y las formas en que se las construyen generan rechazos y cansancio. A veces la adhesión se fatiga.

La respuesta gubernamental y el propio conflicto en las calles provocó más de 300 muertos y más de mil detenidos. Es la crisis más profunda que ha soportado el liderazgo de Ortega desde que asumió en 2006. Pese a la cantidad de muertos y detenidos, éste presidente continúa en el poder, no se ha retirado (en otros países hubiera sido diferente), no ha supuesto intento de renuncia. Hay algo de la muerte política en Nicaragua que parece aceptable o soportable como parte del “paisaje” del mundo público. Existe algo en el liderazgo sandinista y apoyos que dan cuenta de su lugar

1 Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

gravitante en la política. ¿Qué ocurrió con ese liderazgo y ese gobierno que parecían tan estables y que, si bien habían soportado protestas sociales, nunca habían sido cuestionados de esa manera?

Una respuesta puede encontrarse en los trabajos de Martí i Puig (2004, 2016, 2018) en donde se describe la lenta y progresiva reducción de la competencia y se pone en duda el pluralismo. Pero debemos considerar algo más y esa es nuestra hipótesis: que existe una historia política del liderazgo como forma de ejercer el poder y el mando. Se puede encontrar alguna respuesta en el análisis de algo que se nos ha escapado por mucho tiempo y es la existencia de una dimensión de la cultura liberal que atraviesa a derechas e izquierdas –inclusive con ciertas resonancias en el sandinismo–, donde conluyen liberalismo, autoridad centralista y asociación con el Estado para “modelar” a la sociedad. No es menor la relación de cierto liberalismo vinculado al mundo católico.

Aunque parezca incoherente, hay algo de esos *modus vivendis* del poder que inauguran cierto liberalismo en Nicaragua –como en otros países latinoamericanos– y atraviesan a otros imaginarios políticos. No es menor que Anastasio Somoza Debayle inscriba su trayectoria en el Partido Liberal Nacional y el FSLN tenga como referencia el nombre de un liberal (Augusto Sandino). Esas marcas simbólicas dicen algo, tal vez más de lo que creemos.

APROXIMACIÓN AL LIDERAZGO

Liderazgo es uno de los conceptos y lenguajes más escurridizos de la teoría sociológica. Existen múltiples miradas sobre éste. Desde aquellas centradas en las características personales o en ciertas capacidades excepcionales para definir al líder; otras que dan cuenta del liderazgo como una “anomalía” autoritaria que debe regularse o autorregularse sin considerar culturas históricas y políticas; otras que lo explican por su supuesto pasado militar; y otras que intentan repensar al liderazgo como una construcción social y como relación asimétrica y oscilante entre el líder y sus seguidores, otorgando un lugar a estos últimos en la estabilidad o inestabilidad de dicho liderazgo.

Partimos de una perspectiva analítica: el liderazgo es relacional e interactivo e implica una cultura del ejercicio del poder que no debemos subestimar y que atraviesa diversas culturas políticas. Más que una situación personal o actitudinal frente a la política y al poder, es un vínculo entre el líder y sus seguidores donde hay capitales simbólicos en ambos polos que se ponen en juego en contextos singulares. El líder representa a una historia de construcción de liderazgos –en este caso, nicaragüense-, es el líder de un movimiento que ha interiorizado rutinas y gestos del “liderazgo”. El liderazgo de Daniel Ortega no es algo nuevo en la historia política nicaragüense, es posible que los modos en que organiza el poder y su gestualidad posean nexos profundos con las maneras históricas en que se organizaron los liderazgos desde la conformación del Estado-Nación.

Ortega no surge de un “trance de guerra” –como indicaba David Hume (2006: 43) cuando analizaba las maneras en que se construía el mando y la obediencia-, sino que se inscribe en las maneras en las que, con variaciones y resignificaciones, los nicaragüenses construyeron y obedecieron a sus dirigentes históricamente. Se fue socializando en los materiales históricos y en las maneras en que ciudadanos y ciudadanas establecían y diagramaban sus aspiraciones. Es muy posible que esa imagen de líder continúe socializando futuros dirigentes, pero también es importante advertir que en una crisis como la iniciada en abril de 2018 se pone en duda el liderazgo concreto, el liderazgo como imagen y la capacidad discursiva del líder de organizar el escenario político.

Como indica José Jiménez Díaz (2008: 199): “el líder se caracteriza por poseer una decisiva capacidad para la construcción y definición de la realidad sociopolítica con su lenguaje, sus palabras y sus clasificaciones”. La construcción de la fórmula presidencial Ortega-Murillo en rededor de los términos reconciliación y paz (palabras que el sandinismo reivindica desde 2006 y se vinculan con su acercamiento a sectores conservadores) dejaron de poseer eficacia política. Allí podemos observar que algo ha sucedido.

Daniel Ortega se ha erosionado políticamente. Ya no es el líder de una guerrilla triunfante, ni de una fuerza política que asume su derrota electoral en 1990, sino el jefe de un espacio político que se ve atravesado por las transformaciones culturales, subjetivas e individuales abiertas por globalización y la posmodernidad. La adhesión política, las maneras de

participación y militancia han cambiado sustancialmente. Esto no quiere decir que la época lo debilite, inclusive es muy probable que en momentos históricos donde se fragilizan los vínculos sociales y los efectos político-económicos de la Lehman Brothers no se cierran parecen surgir grupos de la población que exigen la afirmación de un líder (como vemos en Estados Unidos y en algunos países de Europa). A aquello que nos referimos es a que han cambiado las maneras y los flujos discursivos en los que se estabilizaba la creencia. Hoy los líderes deben realizar un esfuerzo mayor para recrear la creencia de sus seguidores o adherentes. Las elecciones, aunque se ganen constantemente, no garantizan la continuidad del liderazgo, aunque se produzca la permanencia en el gobierno.

Una crisis política como la de la Nicaragua actual hace tambalear al sistema de creencias-seguridades, reafirma sospechas sociales o resignifica creencias que ya eran débiles. Lo importante no es considerar los gestos de Daniel Ortega y sus capacidades subjetivas, sino observar el lugar social que ocupó y ocupa su liderazgo en la historia nicaragüense y ver cómo sus medidas y su ejercicio del poder es “metabolizado” por la sociedad o parte de ella. El contexto económico y posmoderno que transita entre las expectativas familiares y los procesos de individuación está a la búsqueda de orden y de dirigentes que lo garanticen. A veces, ambas búsquedas terminan en el apoyo de gobiernos y líderes que acotan el pluralismo y restringen a la oposición.

Pero nada es tan estable como parece. Según Sergio Labourdette y Rossana Scaricabarozzi (2010: 11) la palabra “líder” está sobredimensionada y aparece como el foco troncal que genera la relación de liderazgo. La persona-individuo, sujeto irradiante, se piensa en un lugar privilegiado. Y este lugar parece tener un resplandor especial. Un brillo que empaña y oculta el otro polo de la relación: el colectivo. Si retomamos esta idea de que el “líder y liderados van adecuando, de manera permanente, sus expectativas y conductas en un campo mítico” (Labourdette y Scaricabarozzi, 2010: 12) está claro el desajuste que se produjo entre Ortega y los gobernados en el contexto nicaragüense. El rechazo al intento de la modificación del sistema de seguridad social (pensiones, principalmente) produjo que un sector de los adherentes se “retiraran” de ese vínculo que supone el liderazgo.

Lo más interesante es que dicho conflicto posee una dimensión simbólica significativa en relación a las expectativas ciudadanas: cuando se discute la seguridad social se discute sobre la “protección” y el “futuro”. La recomendación del FMI de sanear la deuda del Instituto de Seguridad Social para no comprometer reservas, el inicial apoyo de los grandes grupos empresariales (Consejo Superior de la Empresa Privada/COSEP) y la adhesión de los sindicatos sandinistas no alcanzaron para impedir la protesta social. Luego de la presentación oficial de la reforma por parte del gobierno el día 18 de abril, el COSEP terminó de oponerse a la misma, como también lo hicieron pequeñas y medianas empresas y empleados que no habían participado de las negociaciones ni de las decisiones sindicales.

Grupos opositores al gobierno y estudiantes universitarios abrieron un ciclo de protestas que trascendió el revocamiento –el día 22 de abril de la reforma por parte del gobierno de Daniel Ortega. El conflicto continuó pese a los intentos de diálogo. El COSEP convocó a una marcha de sus empresas afiliadas y sus trabajadores intentando forzar una nueva negociación. Así, esta entidad disputaba el control de calles al sandinismo y sus sindicatos. Se establecieron Mesas de Diálogo que se disolvieron por la dinámica de la represión gubernamental, la toma de partido de la Conferencia Episcopal, la intervención de grupos sandinistas y por el aumento de la protesta social. La discusión sobre la reforma había desatado una conflictividad inimaginable para el sandinismo. Sectores campesinos se sumaron a las movilizaciones y pidieron la renuncia del presidente. El conflicto persistió. Más de 300 fallecidos y más de 1000 heridos construyen la escenografía de una protesta que todavía no ha concluido, ni cerrado.

Hay algo de cansancio político en Nicaragua en relación con un liderazgo. El liderazgo concreto no es para siempre, sino que se adecua a la imagen social de liderazgo, algo que puede entrar en crisis al confrontarse con lo que la mayoría pensó que debería ser. El conglomerado social pone mucho de su parte para sostener y dejar de sostener el liderazgo. A ello se le suma la tensión que introduce en el colectivo social el proceso de individuación posmoderno. Cuando hay crisis del conglomerado con el líder, las posiciones individuales se afirman y buscan otros cursos de acción. El conglomerado y sus adherentes se proyectan e identi-

fican en el liderazgo. Hay mucho de su aspiración puesto ahí y la puesta en cuestión de las aspiraciones produce una falta de colaboración en la construcción de legitimidad. El colectivo le atribuye muchas cosas al líder, lo construye, pero esas atribuciones también son un límite. A partir de abril, Ortega dejó de ser para muchos un “objeto de identificación grupal”. La apelación a la paz y a la reconciliación que hasta entonces articulaba a un electorado mayoritario, hoy son términos problemáticos, asociados a una mayor conflictividad y desconfianza.

SOMOZA²: PUNTO CERO

El liderazgo de Ortega surge de la disputa y crisis del somocismo. El actual presidente no está por fuera de la forma histórica en que se presentaron y se legitimaron los liderazgos nicaragüenses y tampoco de algunas dinámicas que configuraron la conflictividad, tanto en el gobierno de Somoza como en el de Ortega. Existen algunas dinámicas comunes a tener en cuenta. Ortega tendrá conflictos con los empresarios, como Somoza los tuvo con la elite tradicional. Ambos dirigieron procesos de modernización económica. Uno enfrentó una cierta reconstitución estatal durante los coletazos de la crisis del 30 y el otro enfrentó las consecuencias del neoliberalismo. Establecieron profundas rupturas. Somoza lo hizo con la dinámica bipartidista que caotizaba el sistema político y se enfrentó con la elite tradicional (Martí i Puig, 2004). Ortega, en la década de 1980, desarmó el somocismo y la trama de poder que lo había sostenido y, luego de la revolución, desactivó el poder de partidos que habían surgido de la derrota electoral de la revolución sandinista (1990). Ambos buscaron establecerse como *líderes envolventes* (*intentar capturar todo y dirigir todo*), capaces de soportar contradicciones en pos de la conciliación de intereses.

Hay algo de la conciliación de éstos liderazgos que se reactualizó en distintos contextos históricos. En sus primeros años, Somoza se alió a los sindicatos para tener a raya a las elites, mientras Ortega construyó meca-

2 Nos referimos a Anastasio Somoza Debayle.

nismos sociales, conjuntamente con sindicatos sandinistas, de coerción sobre las mismas. Tanto uno como otro apelaron a la representación del pueblo en un intento de disciplinar a los otros actores y limitar su poder político y económico. Somoza y Ortega compartieron algo de ese antielitismo que les permitió lograr apoyos en vastos sectores de la sociedad nicaragüense. Ambos tuvieron problemas con ciertas administraciones de los Estados Unidos, cosa que cambió para Somoza con la Guerra Fría y que se morigeró con Ortega a raíz de su vínculo con el Fondo Monetario Internacional. El gobierno de Estados Unidos observó con preocupación a Ortega y su apoyo al chavismo (e incorporación al ALBA). Se alarmó con las inversiones chinas y rusas pero mientras este mandatario mantuvo cierto equilibrio y buena vecindad con las empresas norteamericanas tuvo cierta mirada complaciente. Es decir, en algún momento ambos liderazgos tuvieron fricciones con Estados Unidos, otras veces acuerdos, como lo lograron con las elites económicas. Es indudable que antes de la crisis iniciada en abril de 2018, Ortega había forjado una fórmula bastante estable de gobernabilidad. La crisis hizo que el sandinismo dejara de ser o de presentarse como representación mayoritaria para convertirse en un partido de gobierno o en mera parte.

La geopolítica hemisférica donde la Guerra fría y, en la actualidad, el chavismo jugaron un rol central, establecieron alianzas y trayectorias ideológicas diferenciales entre Somoza y Ortega. Ambos lograron una posición hegemónica en el escenario nicaragüense. Incluyeron y excluyeron a las demás fuerzas políticas del escenario y se beneficiaron y soporaron las disputas que ello les valió. Mientras la prosperidad económica estuvo presente, ésta se transformó en una plataforma de acuerdos con empresarios e inclusive con actores internacionales. Cuando eso varió el mundo político comenzó a moverse. Ambos liderazgos habían sido la garantía del orden y de sus ficciones –término utilizado por Edmund Morgan (2006)- y un día una parte de la sociedad suspendió voluntariamente su credulidad.

Ambos líderes modificaron constituciones y ampliaron sus emprendimientos empresariales desde el Estado, lo cual les sirvió para establecer vínculos con ciertos empresarios vinculados a las políticas estatales. También confrontaron con aquellos que se encontraban vinculados al flujo del

mercado. Tachito Somoza tuvo problemas, como los tuvo Daniel Ortega. Un Chamorro (Pedro Joaquín) enfrentó a los Somoza y otros Chamorro (Violeta y hoy Juan Sebastián Chamorro) enfrentaron a Ortega. Lo que han expresado los Chamorro es ese lugar de la cultura política liberal. El antielitismo no se dio únicamente contra los empresarios. Tachito se sorprendió de que hijos de la clase alta se enrolaran en el Frente Sandinista de Liberación Nacional y Ortega fustigó a los universitarios y su participación al lado del Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP).

Somoza se afirmó en el Partido Liberal Nacionalista. Ortega construyó acuerdos con liberales, específicamente con el Partido Liberal Constitucionalista, dirigido por Arnoldo Alemán. Somoza y los sandinistas construyeron sus referencias en relación con los liberales: los liberales en armas o armados. ¿Existirá algo de esa cultura liberal que atraviesa a ambos y que juega de manera particular en las trayectorias y miradas que establecieron? Tal vez, la referencia a mundos binarios izquierda vs derecha; Cuba, Venezuela vs Estados Unidos puede aportar elementos para el análisis geopolítico pero a veces no logra explicar la densidad analítica de las culturas políticas.

Salvador Martí i Puig considera tanto al somocismo como al orteguismo como parte de regímenes patrimonialistas (2004, 2016), Rouquié (2011: 303) insiste en la tradición patrimonialista o sultanística, otros autores consideraban a estos gobiernos como híbridos ya que articulaban prácticas democráticas con prácticas autoritarias (Javier Corrales y Michael Penfold, 2011). Nuestra propuesta es comprender que al interior de las prácticas democráticas y liberales se inscriben decisiones unilaterales, el uso arbitrario o abusivo de las mayorías sobre las minorías y la apelación a ésta para clausurar la competencia política. Es decir, el universo histórico de las democracias liberales permite ejercicios del poder autoritarios que la población legítima y llega a considerar —en algunos momentos— como condición de las mismas democracias. Los Somoza, como Daniel Ortega, realizaron elecciones, controlaron redes y espacios comunicacionales.

Existen otros rasgos comunes. Ambos apostaron por los lazos familiares para garantizar la continuidad en el poder: lo hizo Somoza con sus hijos y Ortega propuso como vicepresidenta a su mujer. La continuidad

se asocia a la alternancia familiar, como garantía de mando. Somoza y Ortega se aliaron y contrariaron con la Iglesia Católica. Miguel Obando apoyó a Somoza y luego de oponerse al sandinismo acordó con Ortega. Obando se reconcilia con el antiguo adversario cuando éste, ya en el ejercicio de la presidencia, le hace un guiño a los sectores más conservadores de la sociedad.

Hay algo de la crisis en la que entró el somocismo y ahora el orteguismo que tiene que ver con la limitación de la libertad. Situación que, aunque paradójal, puede encontrarse al interior de los cursos de acción del liberalismo nicaragüense, cuya comprensión del Estado se caracteriza por concebirlo, no como un espacio a ser limitado, sino como potencia de disciplinamiento y de reconfiguración política. Algo de la crisis del liberalismo pluralista se expresa en la erosión de mecanismos democráticos y debe rastrearse como promovida por corrientes no pluralistas, entre las cuales se puede ubicar a una parte del vasto universo del liberalismo y de la izquierda. Teniendo en cuenta que parte de este imaginario transita y circula en un sector de liberalismo, pero también dentro de la propia izquierda.

Cuando los Somoza y Ortega dejaron de integrar a diversos actores e intereses entraron en crisis. Ambos fueron a elecciones. Ortega –como líder de una revolución triunfante- en 1984 se presentó como candidato y ganó excluyendo a una parte de la oposición. Ambos liderazgos oscilaron entre integración social y la clausura centralista del pluralismo. Cuando falló la primera, la conducción y el ejercicio del poder fueron cuestionados y los imaginarios liberales pluralistas se reactualizaron.

ORTEGA: LIDERAZGO Y DESENCANTO

El desencanto hacia la figura de Daniel Ortega no empezó ahora, comenzó con el largo derrotero del sandinismo desde la década de 1990 y su acercamiento a propuestas conservadoras y liberales. Su salida del poder en 1990 se debió al diálogo que inició con los Contras. Esto le permitió convocar a elecciones e introducirse rápidamente en el nuevo escenario como un partido más. Las de 1990 fueron elecciones competi-

tivas. El pluralismo surgió de un pacto político y por un pacto puede cesarse, como se fue clausurando a partir de la década del 2000. En 1995 se reforma la constitución intentando limitar al presidente y llevando a 45% los votos necesarios para triunfar en primera en elecciones presidenciales. Si el resultado era menor, se debería ir a una segunda vuelta. También se prohibió la participación de los familiares.

A partir de 1996 comienza a delinearse un escenario tendencialmente bipartidista: Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y Partido Liberal Constitucionalista (PLC) y una estabilidad para los grupos empresariales. Durante la presidencia de Arnoldo Alemán se establece el pacto de gobernabilidad entre éste mandatario y Daniel Ortega y con apoyo mutuo modificaron la ley electoral y redujeron el porcentaje para acceder a la presidencia. Esta modificación acotó la introducción de partidos al sistema de competencia. En 2001 gana la presidencia el PLC, con el liberal Enrique Bolaños, quien se distanciará de Arnoldo Alemán. El liberalismo se fragmentó y, debido a internas liberales, Arnoldo Alemán terminó preso. Esto marcó, entre otras cosas, el rechazo de los liberales al acuerdo con Ortega y también el alejamiento de algunos sandinistas de las filas del FSLN. La división del liberalismo –que fue más profunda que la del sandinismo– permitió el acceso del FSLN al poder, un partido que ya venía con un proceso de desmantelamiento de su izquierdismo revolucionario o contestatario.

El FSLN hizo campaña apelando a la reconciliación y a la paz mostrando un giro hacia los sectores más conservadores. Buscaron votos en el núcleo duro sandinista y entre diversos conservadurismos. Ese ejercicio fue importante para probar un liderazgo envolvente. Ortega es acompañado por un liberal ex Contra, Jaime Morales Carazo, en la fórmula presidencial, quien buscaba representaba a sectores rurales que habían sido afectados por el neoliberalismo (exigían regularización de la tierra y acceso al crédito). Triunfa en 2006. Ortega logró el apoyo de la Universidad Nacional (bastión sandinista) y de un grupo de ex contras y de empresarios –algunos vinculados al Consejo Superior de la Empresa Privada/COSEP– que fueron viendo que sus intereses eran viables con la fórmula orteguista.

El FSLN de vuelta al poder no rompe con los Estados Unidos y establece una estrecha relación con el gobierno venezolano. Asume una

posición pragmática y de centralización política y administrativa. El gobierno comienza a clausurar la competencia (Martí i Puig, 2016) y a afectar el desarrollo del pluralismo político. No se permitió la participación del Partido Conservador en las elecciones municipales y se complicó la participación del Movimiento de Refundación Sandinista (una escisión del sandinismo).

Es importante remarcar que a partir de 2006 Nicaragua comienza a experimentar un crecimiento económico. Según el Banco Central de Nicaragua, entre 2012 y 2015 el Producto Interno Bruto (PIB) real creció en promedio un 4.7%, superando el 3.7% promedio de Centroamérica en ese mismo período. La inflación registrada en 2006 es de 9.45% y se redujo en 2015 al 3.05%. Se incrementaron los empleos formales, pasando –en ese periodo- de 439.000 puestos a 783.000. Se acrecentaron las exportaciones, las inversiones y se redujo la pobreza. Indicadores que alentaron la adhesión económica y política al gobierno y sobre, todo, reforzaron el vínculo con los empresarios privados. Si bien el crecimiento decrecería un poco, fruto de los impactos de la crisis internacional, todas las variables macroeconómicas se mantuvieron estables durante 2017 y 2018. Inclusive en junio de 2018 se registró la tasa de desempleo más baja. Por lo tanto, la crisis de 2018 parece ser más política que económica.

En 2008, frente a las elecciones municipales se produjeron protestas antifraude. Si bien se trató de protestas masivas, el empresariado y otros actores no se desmarcaron del apoyo al gobierno. Se acelera la competencia y el sandinismo construye una dinámica electoral que le permite afianzar una posición gravitante y dominante en el sistema político. Se reactualizó la centralización política y una mirada de “acotamiento” de la dinámica electoral, cuestiones en las que coincidieron los partidos más importantes: FSLN y PLC. El liberalismo nicaragüense –como algunos latinoamericanos– ha optado en diversos momentos históricos por la centralización del poder y el control electoral. No debemos olvidar que la cultura liberal atraviesa, de modos diversos, al Somocismo, al liberalismo constitucionalista y al propio Orteguismo y sandinismo. Nadie puede desconocer la afiliación liberal de Sandino, como la incorporación de liberales desahuciados a las filas de la guerrilla sandinista.

En 2011 vuelve a triunfar Daniel Ortega (62%), pero la oposición liberal no estuvo liderada por el PLC sino por Partido Liberal Independiente-PLI/UNE (31%) que lleva como candidato a Fabio Gadea. Para 2016, según Martí i Puig (2016, 315) un estudio del Equipo Envío registra una significativa desconfianza en las elecciones como mecanismo cívico para cambiar de gobierno. A ello se suma la presencia de Rosario Murillo en la fórmula presidencial. Varios sucesos judiciales contribuyeron a una mayor consolidación de la posición hegemónica del orteguismo: el descabezamiento del PLI (un proceso judicial donde enfrentaban dos facciones de este partido y la justicia vinculada al sandinismo lauda en favor del sector más cercano a Ortega) y, por otro lado, no se permite la participación electoral de la Coalición Nacional por la Democracia que reunía a sandinistas críticos, liberales y algunos movimientos sociales. El orteguismo movilizó todos los recursos estatales, administrativos y políticos para debilitar a la oposición, reduciendo daños a su adhesión electoral. Pero eso no es gratis en política.

El orteguismo puso en crisis al liberalismo pluralista en cuanto cultura cívica de competencia electoral, como la puso en duda Arnoldo Alemán. Inclusive ajustó cuentas con sus propios partidarios y representantes por oponerse a las decisiones presidenciales. La estrategia de reducción pautada del espacio político fue aprovechada por el orteguismo para hegemonizar la escena. En 2016 todo ello se hizo con un importante sostenimiento empresarial, mientras la credibilidad en el sistema electoral como organizador de las elecciones de autoridades fue desgastándose. El malestar político se amplió con el hegemonismo y la centralización. La posmodernidad alienta, entre otras cosas, rutinas y procesos de individuación que en momentos críticos y de agobio político ponen en duda formas arbitrarias del poder. La sospecha sobre lo político y sobre los liderazgos fuertes se acrecienta. Lo que empezó en 2006, en 2018 estalló como crisis, como malestar democrático y del mismo lazo de adhesión. Cuestiona el liderazgo de Ortega y es muy difícil que pueda reconstruirse.

Ahora bien, esta crisis no deriva mecánicamente en disolución de lo establecido, ni siquiera de las culturas políticas de ejercicio del poder. La confianza del actual presidente en los empresarios y de éstos en la capacidad del líder sandinista de controlar a los sindicatos y la conflicti-

vidad social está fracturada. Algo de la dinámica económica reordenó el mapa político, a la manera que había sucedido en 2008 entre el gobierno kirchnerista y los empresarios del campo. El intento de reforma de la seguridad social fue reinterpretado como intromisión del Estado en el mundo económico y con ello se reactualizaron los imaginarios liberales, principalmente, pluralistas. Quienes se vincularon al sandinismo, a su programa económico y a las alianzas internacionales, como la COSEP y la Iglesia, hoy se lanzaron a las calles en su contra. Nuevamente un imaginario liberal reordena la escena y, en parte, orienta la acción de la protesta social.

El régimen de Ortega es algo más complejo que chavismo explícito. Se vinculó con el ALBA, con el FMI, Estados Unidos y China. Este liderazgo pragmático hizo equilibrios entre las diversas instituciones, movilizó recursos políticos y simbólicos hacia ellas y centralizó el poder reduciendo la competencia y el pluralismo. Por doce años articuló aspiraciones de poderosos y de sectores subalternos, produjo beneficios y dio garantía de orden. Pero esos equilibrios no fueron suficientes. Ortega triunfa en 2016 con más del 72% de los votos y logra 71 de los 92 diputados en la Asamblea Nacional. El segundo partido es el de Arnoldo Aleman, el PLC, quien vuelve al ruedo. Dos líderes que habían reconstruido el bipartismo y una fórmula estable de poder. El gobierno de Ortega que había cosechado el 72% de los votos y se había erigido como reivindicador de la reconciliación nacional hizo estallar en menos de dos años su capital político.

En estos días el liderazgo de Ortega está dañado. Pese a las presiones internas e internacionales, se mantiene en el poder, con poca capacidad –hasta ahora– de lograr la estabilidad. Habrá que ver si estas protestas que han combinado presiones empresariales y reclamos de mayor pluralismo y que, al mismo tiempo, han reactualizado cierta versión de la cultura liberal pueden establecer una alternativa competitiva y mayoritaria. Tal vez se pueda esperar el surgimiento de nuevos actores de entre el vasto número de estudiantes universitarios que protestaron contra el sandinismo o un empoderamiento de sectores liberales y empresariales con voluntad de acceder al poder.

ORTEGA: LIDERAZGO ASEDIADO

Daniel Ortega y su movimiento se ubican a la izquierda del tablero político, pero la reducción del campo político lo coloca o inscribe en el sendero de prácticas centralizadoras y antipluralistas que, paradójicamente, comparte con la cultura política liberal nicaragüense. Un liberalismo que nace, no enfrentando ni poniendo reparos al poder estatal y a sus autoridades, sino apropiándose de sus resortes para centralizar el poder y neutralizar a los demás actores políticos. Es un liberalismo que va de la mano del Estado contra ciertos actores. Cierta liberalismo nicaragüense en el poder no desdeñó los resortes estatales para limitar derechos individuales o a diversas corporaciones o grupos sociales. Se corrió de la preocupación liberal clásica y coherentizó un lenguaje liberal de corte centralista y muy atento a acotar o restringir el juego político. En Nicaragua el liderazgo no es una anomalía, ni parte de un fenómeno militarista, es una manera en que se configuraron los lazos políticos de obediencia y mando desde la consolidación del estado nacional nicaragüense.

El vínculo con la Venezuela de Chávez y ahora de Maduro no hace bolivarianos a los sandinistas. Estos asumieron un ejercicio práctico del poder y ponderaron el peso de los flujos globales, financieros y geopolíticos. El sandinismo es un progresismo asediado, que negocia, acuerda y se tensiona contra el ritmo que imprime la economía global y propiamente, centroamericana. Más allá que desde el inicio del conflicto fue relevante la participación del COSEP, la intervención estudiantil y juvenil es un dato interesante en el siglo XXI, como lo son los grupos campesinos y pro ambientales con reivindicaciones ajustadas a la época que no se encuentran por fuera de una perspectiva plural.

Preguntarse cuanto de izquierda tiene en el ADN el sandinismo no tiene valor explicativo, sino deben considerarse para el análisis las culturas políticas que se articulan, comunican y trasvasan, tanto en la composición de los imaginarios y prácticas de unas fuerzas históricas, como singularmente en una crisis o coyuntura. Indicar que un gobierno no puede ser de derecha porque se enfrenta con la empresa privada no dice mucho. Gobiernos de izquierda y derecha tuvieron, tienen y tendrán -con distinta intensidad- problemas y tensiones con empresarios. Una izquier-

da que reduce la competencia electoral y el pluralismo político la coloca en ese universo de prácticas políticas centralizadoras y arbitrarias que atraviesa varias culturas políticas, que inclusive poseen propuestas económicas y de administración de lo público distintas.

Daniel Ortega se ha sostenido con una significativa gravitación en el escenario político nicaragüense y del propio sandinismo. El viejo guerrillero de una revolución que las nuevas generaciones no conocen y es posible que tampoco les importe está sometido a un proceso de corrimiento de algunos de sus viejos votantes o adherentes. Están dejando de colaborar algunos sectores en la legitimación de su poder y ahora trabajan en sentido contrario. Su liderazgo asediado por las protestas ha sido dañado. El rechazo al mismo habla de un signo demostrativo de posibles cambios futuros o, tal vez, de reformulación de la imagen y figura del líder. Habla de una fatiga social que también revela el cansancio del viejo guerrero.

BIBLIOGRAFÍA

Corrales, Javier y Penfold, Michael 2011 *Dragon in the Tropics: Hugo Chávez and the Political Economy of Revolution in Venezuela* (Washington, D.C.: Brookings Institution Press).

Hume, David 2006 *Ensayos políticos* (Madrid: Tecnos).

Jiménez Díaz, José Francisco 2008 “Enfoque sociológico para el estudio del liderazgo político”, en *BARATARIA Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales* Nº 9, págs. 189-203 en <<http://dx.doi.org/10.20932/barataria.v0i9.186>>

Labourdette, Sergio y Scaricabarozzi, Rossana 2010 “Hacia un nuevo concepto de liderazgo” en *Orientación y sociedad* [online], vol.10 en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-88932010000100001&lng=es&nrm=iso>

Martí i Puig, Salvador 2004 *Tiranías, rebeliones y democracia. Itinerarios políticos comparados en Centroamérica* (Barcelona: Bellaterra).

____ 2016 “Nicaragua: país bolivariano, pero no tanto” en *Política Exterior*, noviembre-diciembre, (España: Estudios de Política Exterior), 28-34.

- _____. 2018 “El régimen patrimonial de Nicaragua y las elecciones de 2016” en Alcántara, Buquet y Tagina (eds.) *Elecciones y partidos en América Latina en el cambio de ciclo* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas).
- Morgan, Edmund 2006 *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Rouquié, Alain 2011 *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica).